

EN LA HUELLA DE MIGUEL DE UNAMUNO  
(Para qué se filosofa)

Jaime García Maffla \*

*Para: Rafael Carrillo, Jaime  
Hoyos Vásquez y Manuel  
Domínguez Miranda*

RESUMEN

*Con el presente ensayo se busca, más que una exposición de la filosofía de Unamuno, una actualización de su mundo interior —como una de las formas históricas más depuradas y profundas de humanidad— en nosotros sus lectores. Se trata aquí de una excitación a la vida auténtica a través de la exposición del pensamiento de un filósofo que hizo de su pensar una ejercitación en la esencial conflictividad de la esencia humana. El lector deberá encontrar en los epígrafes que se han introducido a la unidad originaria del ensayo, no tanto cortes temáticos cuanto simples señales o advertencias en el sinuoso camino de nuestro discurso hacia su tema central: la multiforme y desgarrada interioridad humana. He tratado de colocar al lector en la perspectiva desde la que Unamuno mira a su propia vida y, desde ella, a la humanidad entera. Filosofar es, para Unamuno, tomar conciencia de la "agonía" de ser hombre y asumir con decisión la propia humanidad. Se filosofa para adquirir la lucidez y la valentía necesarias para vivir como hombre. Por razones de espacio en nuestra revista dividimos el ensayo en dos entregas; hoy presentamos la primera.*

---

(\*) Universidad Javeriana.

## 1. INTRODUCCION

“Doy cuanto tengo”, “doy cuanto soy”, “me doy a mí mismo”, puso Miguel de Unamuno en labios del santo, y para conseguirlo el movimiento del alma debe ser uno solo: ¡Adentro!; no adelante ni arriba sino dentro de sí, hacia sí mismo. Y de esa intimidad nace el manantial único de una posible vida trascendente, el que engendra y al mismo tiempo otorga dirección y da sentido, no importa que el paisaje abierto a los ojos sea lo incierto. Por serlo, precisamente, se hace más profundo este “adentro”, que acoge a la propia intimidad para buscar en ella y de ella alimentarse, convertida en desvelo y en ansia que ahora se hacen afirmación y elevación. Todo, no obstante, del lado de las emociones, con su clara verdad que es lo más irreductible en cada quien, lo que lo hace ser único. Y hacerse único pide Unamuno: ¿Cuál sería su camino? El mismo señala el de la sencillez: “No te creas ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia pon tu empeño”. Así, el empeño en la vida no es otra cosa que la búsqueda, no bastante la una como jamás la otra colmada, en el afán por singularizarse y trascender. Fué su ideal y su conquista.

Sin duda, una de las figuras más sugestivas y excepcionales de la vida civil y espiritual de España, y de la lengua española en su historia y órbita todas fue don Miguel de Unamuno. Nació en Bilbao, en el año 1864 y murió el 31 de diciembre de 1936. Consagró su existencia a la meditación y a la creación, al estudio que en él fue sentir, y a su cátedra en la Universidad de Salamanca; en cuanto escritor practicó casi todos los géneros literarios, en el marco de la privilegiada generación española de 1898, pero de preferencia el ensayo y la poesía. Su influjo, vasto y profundo, aún perdura y la figura suya continúa reclamando con igual fuerza la atención. Antes que otra cosa fue un incitador de la vida interior, un iluminador de sus senderos, con los instrumentos de su propia ansiedad y de su necesidad, de pie sobre su personal tormento y en vela a todas horas, no admitiría que ninguna conciencia reposara o volviera la espalda a lo que Antonio Machado llamara el “dolorido sentir”, giro que puede colocarse al frente de la postura espiritual de Unamuno. Pero al tiempo con su ser personal, aquello de lo cual quiso hacerse cargo fue de la conciencia y del alma de los otros, sus semejantes y prójimos, ser el receptor de su inquietud humana y su esclarecedor, el conciliador, no el consolador de su desgarramiento. A los otros les habla y a nosotros nos habla, desde su situación de hombre único a lo que de único haya en nosotros, alentando la llama de la vida interior, que es alentar el lado doloroso del vivir. Pocas figuras como la suya llegaron a tal punto a ser controvertidas, nunca, eso sí, falto de admiración y reverencia. Pedía hacer suyo el ser de los otros y que los otros recibieran su ser, su angustia íntima: “Ya lo sé, soy antipático a muchos de mis lectores, y una de las cosas que más antipático me hacen para con ellos es mi agresividad... Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima”. Así es como

señala la raíz más profunda de su actuación, lucha para la cual no pide consuelo ni paz. No los pedía ni los deseaba, sino al contrario, declaró: "Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud... Y sobre todo y ante todo, nada de vivir en paz, ni con los demás ni consigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior, necesitamos guerra".

¿Por cuáles rumbos, pues, este incitador, ardiendo así en su fuego, se aproximó a la filosofía, al filosofar? ¿Verdaderamente estuvo cerca de ella o, por el contrario, al tenerla delante de los ojos la alejó? Lo acuciaron las preguntas que a todo hombre vienen cuando se sitúa de cara al destino, a su propio destino, a su finalidad y su fin, ante las realidades, en suma, del hacer, del vivir y del morir: con el nacer cuanto atañe al propio ser, con el vivir el sentido y el contenido de los actos y con el morir la trascendencia. Sobre todo la muerte llegó a apasionarlo más que otro problema, a tocarlo de manera más radical, las determinaciones que ella impone a la vida, la oscuridad o la luz que sobre ella difunde o, en resumen, de qué manera la muerte da forma a la vida: "el resorte de vivir es el ansia de sobreponerse en tiempo y en espacio"; su leit motiv es negarse a morir y a desaparecer, y a esta idea del sobrevivirse consagró toda su vida intelectual, todas sus facultades, a la comprensión o a la adivinación de la categoría inmortal del ser humano, visto y asumido todo esto desde un horizonte íntimo.

El escrito en el cual Unamuno quiso dar cuerpo y coherencia a sus meditaciones, a la visión de sus vivencias y a la versión de sus lecturas, a esa urgencia suya que finalmente se revelara como incolmable se titula: **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos**, redactado en el año 1913 y en el cual, al parecer, se enfrenta a la tradición y a los contenidos de la filosofía, a sus modalidades y a su proceder. Se trata de un volumen breve en el conjunto de su obra, pero que la resume y la condensa, plasma y amplía la emoción que la guiara siempre, ese sentimiento que subyace en todos sus escritos, nombrado aquí como trágico, y más que en sus escritos en sus actos, en su persona y en sus personajes pues escribir, para él, es una consecuencia de vivir así como uno de los tantos caminos para modelar la propia alma. Escribir como hablar, casi en el sentido de una confesión, e ir hacia los temas trascendentales en conversación interior, en monólogo y diálogo con el monólogo. Las páginas que vienen quisieran que únicamente escucháramos, algo seguir de sus palabras o seguirlas en algo, de la forma más fiel, casi una relectura.

## 2. EL HOMBRE CONCRETO Y COMPLETO COMO TEMAS DE LA FILOSOFIA

La pregunta original que se hizo Unamuno sería esta: ¿Para qué puede servir la filosofía al hombre? Entendida la filosofía como un conocimiento racional y sistemático. ¿En qué le sirve? ¿Le ayuda o no a vivir y más que a ello a morir? Todo va dirigido al estrato de lo más personal y por ello más que

de algún pensamiento sobre el ser se trata de lo humano, no de lo humano como abstracción sino del hombre y no del hombre sino de este hombre: "Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple ni el adjetivo sustantivado sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe y juega y duerme y piensa; el hombre que se va y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano". Ante una presencia inmediata se sitúa Unamuno, pues, ante algo que alienta e irradia.

Hombre con nombre propio, diríamos, sometido a sí mismo tanto como a las fuerzas extrañas, a su amor y deseo, necesidad, placer y sufrimiento, el que está, finalmente, inmerso en una circunstancia. De él es de quien se trata ante todo, de una conciencia individual; y a ella va el pensamiento, de ella viene y a ella tiene que llegar, tocándola integralmente, cualquier formulación del conocimiento: "Yo, tú, lector mío; aquel otro de más allá, cuantos pisamos sobre la tierra", frase de la cual resaltamos el plural, que es comunidad. Y de estas palabras, identificado ya el objeto, sobresale el tono coloquial, una cercanía que le es necesaria a Unamuno para que el pensamiento se dé en la comunicación del sentir y del vivir, sea una de las formas de la compañía.

En *El sentimiento trágico de la vida* hay una primera versión de la filosofía tradicional como la instancia en la cual el hombre está puesto al servicio de las ideas, generales y abstractas, haciendo caso omiso de su vida personal contingente o dejándola de lado, esto es, que delante del quehacer filosófico desaparecería este hombre de carne y hueso al cual ahora se invoca. Las ideas, con cauce y leyes propias, van avanzando en una procesión sin asidero, sin relación con la materia viva, para llegar a construir sistemas o saberes despersonalizados. Este es su principal reclamo, el que el pensamiento olvide al individuo y no pueda ofrecer soluciones o salidas a su angustia inmediata, siendo que esta angustia o ansiedad interiores deberían ser su primordial objeto. De hecho Unamuno pide a la filosofía auténtica (auténtica desde el punto de mira de la anécdota humana), que se aproxime a la poesía y no a la ciencia, con lo que ello implica de alejamiento de la razón y de cercanía al sentimiento.

Filosofía y vivencia tendrían, pues, que coincidir, ser uno solo pensamiento y anhelo: "Cuantos sistemas filosóficos se han fraguado como suprema combinación de los resultados finales de las ciencias particulares, en un período cualquiera, han tenido mucha menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor". Y esto porque lo puramente objetivo no deja de ser algo exterior a nuestro ser, no alcanza a comprometerlo y no lo soluciona en su afán más profundo. Unamuno enjuicia los sistemas, descarta su posible valor para quedarse con la integridad del espíritu humano, el espíritu del autor que es el de un determinado ser humano, éste y no aquél y por lo mismo todos.

El quehacer filosófico, según todo esto, ha de estar unido de la manera más estrecha a la vida y al acontecer personal de alguien, y es a ese acontecimiento individual a aquello que debe remitirnos para enriquecer el nuestro: "Lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre", afirma, noción que incluye no solamente la razón sino las facultades todas, las potencias todas afectivas y volitivas; pero sobre todo los afectos, y ello porque si alguna comprensión real llega a haber en nosotros tanto del mundo como de los seres, tal comprensión ha de provenir de nuestro sentimiento de ellos, del sentimiento que de la vida misma poseamos, la vida que nos cerca, nos hace y nos proyecta. No hablaríamos, en rigor, de la Filosofía sino de "nuestra filosofía", y de ella como lo que confiere un sentido unitario a nuestro vivir personal, sentido que hunde sus raíces en lo inconsciente o en lo subconsciente. Y nuestras ideas nacen tanto de nuestra situación como de nuestro ser originario, en respuesta y correspondencia con ese organismo: "No suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas o pesimistas, sino que es nuestro optimismo o nuestro pesimismo, de origen fisiológico o patológico, quizá, tanto el uno como el otro, el que hace nuestras ideas". De aquí que Unamuno se aleje tan tajantemente de la definición del hombre como animal racional, y lo defina más bien como animal "afectivo o sentimental", hecho todo de anhelo, de aspiración, de urgencia y de ausencia o de falta, las cuales, antes que otra cosa, son una necesidad de trascendencia; su razonar está guiado por los mandatos del corazón, siendo que el imperio de sí es colocado por encima de otra categoría cualquiera, y hacia sí mismo debe volver los ojos para pensar el mundo y tratar de aprehenderlo.

De esta manera: ¿Cuál puede ser el tema de la filosofía si no es el de nuestro propio destino y el fin de nuestro ser persona? El propio destino es el único horizonte que la conciencia humana tiene ante sí, aquello que no le es posible esquivar y lo único que puede dar origen a una auténtica angustia o poner en movimiento nuestras facultades cognoscitivas. La pregunta por el propio destino se formula así: "Quiero decir del único verdadero problema vital, del que más a las entrañas nos llega, del problema de nuestro destino individual y personal, de la inmortalidad del alma". He aquí, pues, el problema verdadero y el único, el único real ante el cual se plantea la oposición radical, irreductible para Unamuno, entre sentimiento y razón.

### 3. LA FILOSOFIA COMO NECESIDAD ULTIMA E IMPULSO HACIA EL INFINITO

El hombre, en un movimiento original, busca comprender el mundo y la vida, pero no para quedarse en el solo conocimiento sino para actuar, para reconocerse a sí mismo y enfrentarse a los otros, para llegar, en fin, a una "actitud" que responda a las inclinaciones más profundas de su ser: "La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción un sentimiento que engendra una actitud íntima y hasta una acción". Nace, según estas pa-

labras, la filosofía como respuesta a una necesidad, la de una visión coherente o unitaria de las cosas y en consecuencia de una concepción acerca de ellas. Pero esta concepción no es abstracta o diferente de nosotros sino que se hace íntima y engendradora de actitudes íntimas, la única vía para llegar a una acción auténtica. Y de esta postura íntima se trata, la que hace luz sobre la sustancia de nuestro propio ser, lo que podemos ser, y lo proyecta al mundo y a los otros, le da forma a nuestro espíritu y a nuestro pensamiento. Porque precisamente se trata de dar forma a ese destino nuestro que en un principio tenemos entre las manos a la manera de un material informe, conseguir apropiarnos de nuestra alma y con ella del mundo, hacer la una para informar también al otro, en el cual se hallan nuestros semejantes quienes —aspiramos— han de llegar a hacerse partícipes de nuestra interioridad.

Y delante del hombre, con su conciencia y su destino, se alza Dios, que se nos da de dos maneras, la una racional y la otra sentimental, presentadas aquí como polos opuestos: “El un Dios, el Dios racional es la proyección al infinito de fuera del hombre por definición, es decir, del hombre abstracto, del hombre no hombre, y el otro Dios, el Dios sentimental o volitivo, es la proyección sentimental al infinito del hombre por vida, el hombre concreto de carne y hueso”. Los términos sobre los cuales habría aquí que poner el acento serían infinito y sentimental. Para Unamuno el ser de cada hombre es, tiene que serlo, infinito y tiende naturalmente hacia la infinitud, incansable e insaciablemente; y el ansia de infinito hace su sentimiento y con su sentimiento hace no sólo su conciencia o su conocimiento sino también su acción. Racional y sentimental son dos direcciones de lo infinito, pero en la segunda podemos reconocernos, inmersos en la vida y en nuestro propio ser, como partícipes de la divinidad o, si no, tendiendo a ella.

#### 4. FILOSOFAR Y SENTIR

Desde esta dimensión, entonces, nos volcamos al mundo, porque, como veremos, de la misma manera que hacia lo infinito y hacia la dimensión religiosa, vuelve Unamuno los ojos hacia el actuar humano, sintiendo, de antemano, que toda alma es inmortal: “Un día, hablando con un campesino, le propuse la hipótesis de que hubiese, en efecto, un Dios que rige Cielo y tierra, conciencia del Universo, pero que no por eso sea el alma de cada hombre inmortal en el sentido tradicional y concreto. Y me respondió: ‘¿Entonces para qué Dios?’”. Y nosotros, con Unamuno, podríamos voltear la pregunta: ¿Entonces para qué el alma? He aquí la trilogía fundadora y fundamentadora para él: la vida, el alma y Dios, sin importar el orden, pues alma, Dios y vida, junto con lo infinito han de identificarse, pero no por las vías de la razón o los conceptos sino por las del sentimiento. Es el significado del diálogo que Unamuno ha establecido con un campesino, con la sabiduría popular y original que es versión directa de las cosas, la del sentido común, por cuya boca hablan las fuerzas de la naturaleza, voz que sería, al menos

según nuestras concepciones habituales, no enteramente racional. Y lo no racional se une a lo sentimental como manantial de la verdad. Ahora bien, ante las preguntas definitivas, formuladas desde la vida, ¿qué papel cumple la razón? En cualquier caso, para Unamuno se revela como algo precario, insuficiente y hasta empobrecedor, de donde nace su ironía hacia aquellos que han depositado en ella su confianza.

Este es el camino por el cual comienza a situarse en frente de la tradición de la filosofía como ciencia: "Hegel hizo célebre su aforismo de que todo lo racional es real y todo lo real racional; pero somos muchos los que, no convencidos por Hegel, seguimos creyendo que lo real, lo totalmente real, es irracional; que la razón construye sobre irracionalidades". O lo que es lo mismo, que la filosofía tiene para él como sustento el sentimiento. Ya en un célebre poema suyo había formulado que "piensa el sentimiento, siente el pensamiento", en la idea de que el hombre es una totalidad que tiene que contar, antes que nada, con sus zonas oscuras, puesto que a lo más que alcanza la razón es a descubrir y a fijar sus propios límites. Y de la misma manera que tras el pensamiento alienta el sentimiento, la vida de los seres humanos está sustentada en irracionalidades, sostenida por ellas, camino por el cual ha desembocado Unamuno en la certeza y en las verdades del sentimiento, en la seguridad de la pasión y del instinto, los cuales dan figura a nuestro actuar.

El sentimiento es aquello que conduce al hombre hacia lo esencial y hace que deposite su confianza en lo que no puede ser comprobado, que tras dominar o manejar este mundo construya el otro mundo, su más allá absoluto, que es soberracional y sobrenatural. Aquí, en la reserva frente a la razón, es evidente el parentesco de Unamuno sobre todo con Pascal, y su afiliación natural a la corriente del irracionalismo. Afirma, citado por Unamuno, en uno de sus pensamientos Pascal: "El último avance de la razón es el reconocer que hay una infinidad de cosas que la superan. No pasa de ser débil si no llega a reconocer esto. Pues si las cosas naturales la rebasan, ¿qué diremos de las sobrenaturales?". Y la dimensión más plena de lo humano es lo sobrenatural. Es un viaje de ida y de regreso: edifica el hombre el más allá y con él se edifica a sí mismo. Para Unamuno, el hombre es auténticamente en cuanto está vuelto hacia lo sobrenatural, y de regreso del cumplimiento de su ansia moldea no sólo su carácter sino su afecto, su ideal y su actuar.

## 5. FILOSOFIA, POESIA y AUTOAFIRMACION

Aquello que impulsa a Unamuno a meditar (a preguntarse y a llamar) es la perpetuación de su vida, de su propia vida y de su ser individual. Esta necesidad de perpetuación, por lo demás, involucra todas las parcelas y las modalidades de lo humano, y el anhelo de perpetuarse hace que el hombre entre en contacto con su esencia y confíe, sienta tranquilidad en ser humano y se aprecie en su valor, aparte de situarse como algo concreto que tiene que mo-

verse en una determinada dirección, en la cual halla su contenido o su sentido. Pero esta esencia permanece en la región oscura de sí mismo, y por ello la razón y la abstracción no le son suficientes. Además, si en la vida, en su vida, hay valor, ese valor no puede desaparecer. El hombre existe, es y está, y al ser, su instinto se niega a la desaparición, lo cual quiere decir que propende originariamente a conservarse, de donde nace su más radical e inalterable angustia: "Quiere decir que su esencia, lector, la mía (...) y la de cada hombre que sea hombre, no es sino el connato, el esfuerzo que pone en seguir siendo hombre, en no morir", apunta en glosa a una de las proposiciones de la *Ética* de Spinoza. La filosofía nace del estremecimiento y la conquista, como Unamuno mismo la tomaba en otro lugar de su ideario original, que es lucha, agonía. Y todo este pensamiento suyo, todo este impulso, está presidido por el amor.

En este punto es donde Unamuno aproxima la filosofía no a la ciencia sino a la poesía, que es emoción e intuición, sentimiento y no análisis: "Poetas y filósofos son hermanos gemelos, si es que no la misma cosa", exclama. Pero sobre todo, la filosofía debe ser intuición y revelación de la unidad; quien analiza disuelve y su labor entonces se aplica sobre fragmentos tan sólo, no sobre la integridad del ser ni sobre la unidad que es el hombre, y dentro de esa unidad un ser que está fundamentalmente volcado hacia lo irracional. Las ideas centrales son ahora, pues, la armonía y la unidad: para Unamuno, ¿qué es lo que constituye más verdaderamente a un hombre si no es la unidad o al menos el estar en permanente búsqueda de ella? Unidad es conciencia y sentimiento de sí mismo; esto, en principio, lo separa del género y lo hace individuo, este ente concreto al que le es preciso trascender: "Y lo que determina a un hombre, lo que le hace un hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad. Un principio de unidad, primero, en el espacio, merced al cuerpo, y luego en la acción y en el propósito". Palabras éstas en las cuales se halla expreso otro de los tópicos del pensamiento de Unamuno: la afirmación de la individualidad.

Tras la conquista de su ser, el hombre se reconoce y se muestra a los demás por su acción, cumple con su misión terrena y conforma su destino; es por la acción individual por la que el hombre se revela en el mundo y en medio de los otros: "Y es en cierto sentido un hombre tanto más hombre cuanto más unitaria sea su acción. Hay quien en su vida no persigue sino un solo propósito, sea cual fuere". La unidad de la acción como resultado de la armonía interior, y este entregarse en la vida a la consecución de un solo fin que confiera sentido y contenido parecería estar aquí puesto como un ideal; el hombre se individualiza para otorgarle un especial valor a su ser, insustituible, elevarse sobre sus semejantes y aún servirles de guía, quedando en claro, eso sí, que la acción —no la contemplación o el meditar— es el terreno en donde se revela más plenamente lo humano.

Aquí aparece el valor de la relación del hombre consigo mismo, su búsqueda por hacerse individuo en armonía y en plena conciencia de sí, siendo

poseedor de una esencia en la cual están en permanente acción e interacción el pasado, el presente y el futuro como principios de unidad e identificación del yo. Pero esta continuidad genera el afán de trascendencia; el presente pone en comunicación todos los momentos de la vida y al hacerlo la impulsa siempre hacia un más allá sin término, en el afán de afirmación, el más raizal de los movimientos humanos. ¿Qué tenemos para oponerle al hecho del vivir perecedero sino nosotros mismos, nuestro yo único? Y el yo es continuidad: “Sin entrar a discutir —discusión ociosa— si soy o no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por una serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo. Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir”. Un solo instante en el cual viven todos los instantes y hacen de nosotros uno solo.

Están aquí, dialogando en la escena, todos los personajes de la obra: la conciencia y sus estados sucesivos que son la permanente presencia de nuestra alma en nuestros actos, el pasado y con él el recuerdo como el llamado de nuestro propio ser, la vida espiritual que se muestra como lucha por ser más, “perseverar” y finalmente la esperanza, que inventa y edifica el porvenir; sobre todo la esperanza. Lo más valioso aquí estaría en que el hecho de vivir en el recuerdo no significa olvido del presente o rechazo del futuro sino, al contrario, estar integralmente lanzado hacia lo que aún no es, encontrándolo gracias a la esperanza que resulta hermana del amor, siendo el amor los últimos móvil e impulso.

Se trata de la noción y del sentimiento de sí mismo, del contacto consigo y de la fidelidad al propio ser que ha permanecido a través de los estados, como la única forma de un existir auténtico y el único camino de fraguar un valor. Y se trata también de que la conciencia del propio ser en un momento se da cuenta de que existe la nada. Pero el propio yo y ese cuerpo suyo que ocupa un lugar en el espacio, llegan a confundirse. Nuestro yo verdadero, dice Unamuno, no es el de Fichte, sino el “concreto y personal”. Es por esto por lo que nadie, sea como fuere, desearía ser otro, pero, más intensamente que esto, no desearía dejar de ser, le es imposible concebirse como nada. Y es contra la desaparición contra lo que se alza Unamuno.

El yo, que es unidad o tiende a ella, se afirma como único y ha de defenderse de todo aquello que venga a destruirlo, a disolverlo o a romper su afirmación, la cual es fuente y garantía de su acción en medio de los otros, así como de la constitución de su universo, una acción que resulta insustituible, no por la acción misma sino por quien la cumple: “¿Qué otro llenaría tan bien o mejor que yo el papel que lleno? ¿Qué otro cumpliría mi función social? Sí; pero no yo”. Supremo reconocimiento del valor del yo personal,

que aunque se agite en el sentimiento de sí, busca trascenderse para así realizarse; aquí tiene presente Unamuno un profundo sentido de comunidad, de participación y aún de sacrificio. En el padecimiento hay hermandad y en la hermandad hay plenitud o una posibilidad de plenitud, ella en la conciencia de que el otro, nuestro prójimo, no es un medio sino un fin, llegando aún a darse la posibilidad de encontrar en él mi propio ser. De ir, pues, se trata, a los otros pero sin ser otro o sin hacernos otro, para llegar a mí y volver a ellos.

Sin embargo, y en suma, la finalidad de la vida y de la acción es la afirmación que un hombre pueda hacer de sí mismo, y es en esa afirmación en donde gana su derecho a la vida, cuando propende por la plenitud de su yo o de sus circunstancias, lo cual, antes que cualquier posesión de lo otro es condición para ir a los otros, pues en el realizarse de cada hombre se realiza la vida: “¿Y qué es el derecho a la vida? Me dicen que he venido a realizar no sé qué fin social. Pero yo siento que yo, lo mismo que cada uno de mis hermanos, he venido a realizarme, a vivir”. Dice Unamuno, y luego exclama desazonadamente: “Yo, yo, yo, siempre yo —dirá el lector— ¿Y quién eres tú?” Pregunta a la cual responde con las palabras de Oberman: “Para el universo, nada; para mí todo”, idea con la cual los términos podrían ser invertidos, y no sería ya el hombre quien se debe a la sociedad sino la sociedad al hombre, el mundo para el hombre como en la pregunta inicial del Catecismo, recordada por el mismo Unamuno: “—¿Para quién creó Dios el mundo? —Para el hombre”, aunque se trata de una interacción, de una armonía ideal, el diálogo entre dos figuras de la vida, la social y la personal, siendo que el mundo gana su plenitud en la conciencia de un hombre y esa conciencia llega a hacerse ilímite delante del mundo. Al decir, “soy todo para mí” señala que nadie cuenta con una instancia superior a sí mismo para generar el contenido de sus actos o su valor posible, que el horizonte de la eternidad está dentro de la propia alma.

## 6. FILOSOFIA COMO INTEGRACION DE VERDAD, VIDA Y PENSAMIENTO

Ahora bien, el alma humana, que se coloca por encima del cotidiano vivir y lo sobrepasa, tiene precisamente como su movimiento natural trascenderlo, incluyendo en este movimiento la posibilidad de una depreciación del mundo, un mundo que se alza soberano cuando se ignora al alma. Pero el alma es conciencia, y, obviamente, es la definidora de lo esencial humano, de los conceptos de humanidad y de humanismo. Conciencia, alma y yo como entidades paralelas, pero de ellas es la conciencia la encargada de presidir porque es la que da valor al mundo y la instancia a la cual éste tiene que remitirse. Delante de la conciencia se impone el imperativo de la finalidad, un imperativo que, a su vez, ha sido puesto por el sentimiento: “El mundo es para la conciencia. O mejor dicho, este para, esta noción de finalidad, y mejor que noción sentimiento, este sentimiento teleológico no nace sino

donde hay conciencias. Conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo". Tal vez por esta convicción se incline Unamuno hacia el hecho de que toda verdad es subjetiva.

Pero la noción se ha convertido en sentimiento y a la inversa, es decir en necesidad, en algo que involucra la totalidad de nuestro ser y que lo identifica como movimiento, el estar siempre tendido hacia algo que es lo ilímite como creación del sujeto. Existe la conciencia y por ella existimos; antes y después de ella todo es oscuridad, lo cual exige su permanecer o su conservación: "Si la conciencia no es, como ha dicho algún pensador inhumano, nada más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas, entonces no hay nada más execrable que la existencia". Y estas dos eternidades son equivalentes a la nada, la cual, de ser así, cobraría cuerpo y convertiría en nada nuestro ser. El término execrable no significa tanto aquí despreciable como impensable, pues es negación de algo esencial e irreductible, la vida convertida en negación de lo vivo. Pero esto todo se mueve en el campo de lo irracional, al menos en el de lo incomprensible, un terreno en donde los poderes de la razón no alcanzan, pues todo allí está presidido por el impulso y el instinto. Nada son las razones, señala Unamuno, y para nada sirven los definidores, pues la sustancia aquí es afectiva, como afectivo es nuestro enfrentamiento con la muerte. Unamuno sitúa la verdad, cualquier verdad, en la zona cordial y quiere que el hombre se constituya como más humano fundamentalmente en la órbita de los afectos, contra cuyos lindes se estrella todo razonamiento: "Porque las razones no son nada más que razones, es decir, ni siquiera son verdades". La razón en contra de la verdad o la verdad que se impone a la razón. La razón sería social, es decir, exterior y convencional, en tanto que la verdad sería personal e íntima, sentida y por lo tanto conformadora de lo único. Además, y haciendo aquí un *ex curso*, este es el camino por el cual guiará Unamuno sus pasos para la interpretación de Don Quijote, quien impuso su verdad por encima de la razón o haciendo caso omiso de ella.

Pero a pesar de todo, el pensamiento mismo existe, existen la reflexión y la especulación, siguen existiendo, sólo que deben ejercitarse con la totalidad de nuestro ser, tanto con nuestro espíritu, con nuestras facultades intelectuales como con nuestra sangre, para abarcar plenamente el acontecimiento de vivir, la vida toda, nuestro ser y el mundo en medio del cual debe desplegarse. El pensar involucra íntegra nuestra savia y debe hacerlo para a su vez hacerse concreto y objetivo. De no cumplirse así, la razón sola, inmersa en el límite de sus recursos, se aparta de la vida o no alcanza a ella: "Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro, o con cualquier otro órgano que sea específico para pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida. Y las gentes que no piensan más que con el cerebro dan en definiciones, se hacen profesionales del pensamiento. ¿Y sabéis lo que es un profesional? ¿Sabéis lo que es un

producto de la división del trabajo?”. Es con esta postura como Unamuno se aparta de la filosofía tradicional, dijéramos escolar y académica, que él llama profesional, la de los filósofos de profesión que especulan por fuera de sus vidas, en contacto con las ideas universales. En el acto de pensar, pide que sea incluido el corazón, “toda el alma”, “el tuétano de los huesos” y no una facultad especial, privilegiada y ascética.

Antes que otra cosa, quien se entrega al quehacer filosófico debe ejercer su profesión de hombre entre los hombres, tras haber estado en intimidad consigo, tomando en cuenta el impulso de sus potencias oscuras, que al mismo tiempo son sus potencias desnudas y exclusivas; debe instalarse sólo frente a sí mismo, próximo más del animal que del ángel, llenando sus palabras del fluir de su sangre, de sus ansias y lágrimas. La afirmación de Unamuno aquí es tajante, su reclamo de que al pensamiento únicamente la vida puede conferirle un valor, porque para regresar a la vida y servirle de sustento debe venir de ella, en un movimiento de síntesis y de conciliación antes que de análisis.

Y debe la filosofía ser como la poesía, espejo en donde lo humano pueda reconocerse: “Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y aún esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciadora; pero la filosofía, como la poesía o es obra de integración, de conciliación, o no es sino filosofaría, erudición seudofilosófica”. No es dable, pues, para Unamuno, la diferencia entre el filosofar y el vivir, anotando de paso que el ejercicio del pensamiento no puede identificarse con la erudición, ante la cual muestra un abierto desdén, aislándola, al menos, en un radio de acción muy restringido. El hombre no puede ir a la filosofía como va a la ciencia, teniendo delante de sí, después de haber cerrado la puerta, la mesa de experimentación, sino que debe estar en el ejercicio de la vida, al lado de los demás hombres y extrayendo tanto de ella (y de ellos) como de su propio ser los materiales de su meditación. Y de la misma manera, tampoco es justificable el saber por el saber o el saber para el saber, con lo cual señala que la filosofía debe tener una aplicación directa en la vida, debe poder servir como compañía y sostén, ser una amiga y una aliada, en fin. Se piensa en función de la vida que se vive y ese pensamiento debe estar presidido por una finalidad práctica, tangible y afectiva.

## 7. HACIA LA UNIDAD DEL PENSAMIENTO Y LA CIENCIA

Hacia el terreno de la práctica quiere llevar Unamuno las formas todas del pensar, inclinándose abiertamente a una ética: “Así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca, y se refiere a

nuestro destino todo, a nuestra actitud frente a la vida y al Universo". Entonces, como la más valedera de las actitudes, centra Unamuno su preocupación en el destino individual, el cual debe ser vislumbrado desde los preceptos del corazón. Aparte de lo anterior, es preciso señalar, de las líneas anteriores, la convicción que tiene Unamuno acerca de la conexión efectiva entre una vida individual y el Universo.

Pero es el sentir la instancia última, la más radical, dentro de la cual se nos presenta la vida, la que abarca todas sus direcciones e involucra todas nuestras facultades. De esta manera, así como los actos del hombre deben estar presididos por una finalidad, también la filosofía debe encontrarla en lo que la rodea. ¿Y cuál sería esa finalidad? La felicidad, responde, la opción de alguna forma o medida de plenitud, colmar el original vacío interior. Entonces, y en este lugar ya, se trata de que en frente del anhelo de una felicidad, oponiéndosele, se alza lo desconocido; y estaría también nuestra necesidad, siempre insaciable, de algo más, puesto que el ser humano es ante todo aspiración y la manera como se descubre a sí mismo es como falta de algo: "Y a todo nos falta algo; sólo que unos lo sienten y otros no, o hacen como si no lo sintieran, y entonces son hipócritas", dice, situando de nuevo como rectora a la conciencia.

Y alude en estas palabras Unamuno, ante la presencia del vacío interior y de la necesidad, a esa otra posibilidad de lo humano que es el adormecimiento de la conciencia para esquivar u olvidar la presencia del dolor y del temor. El ser humano, la vida misma y su vida hacen este tejido: la conciencia de ella y de sí mismo, de su necesidad y su precariedad, la ilusión y el engaño, la espera y la ansiedad, la incertidumbre más que la certeza, y ya no en el solo afán por afirmarse y trascender sino ante la presencia de algo que lo sobrepasa y lo vence, la lucidez acerca de que el propio aliento vital pende de un hilo, la pena ante la comprobación de que nuestra más profunda o radical necesidad no puede ser comunicada ("¿Y ha de morir contigo el mundo mago?" preguntaba un poeta). Entonces llega Unamuno, al fin, impresionado por estas situaciones radicales, a su noción central, la que lo engloba todo, así formulada: "Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos el sentimiento trágico de la vida, que lleva tras de sí toda una concepción de la vida misma y del Universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos trascendente". A falta de otro nombre, dice, como moviéndose entre situaciones inasibles.

De la cita antes transcrita hay que partir para la explicación de la obra toda de Miguel de Unamuno, su visión de conjunto y su alma, así como después de leerla a ella se llega como una iluminación. El punto del cual ha partido y al cual finalmente ha de arribar es "el hombre de carne y hueso", aquel que vive y actúa, actúa sobre todo, piensa y siente, y antes que otra cosa, sufre; un ente frágil y provisional, que entra a un mismo tiempo en contacto con lo trascendental y con la nada, que oscila entre la elevación y la

caída, no obstante ser capaz de construir el mundo y avisorar la esencia de su propio ser, para quien la primera ambición es conocer, ambición que a su vez engendra un fracaso y un dolor mayores. Por esto, para Unamuno el conocimiento, así sea engendrador del progreso, se presenta en la calidad de una enfermedad pues no conduce finalmente a la dicha sino a la desesperación. Hace parte, cierto es, de nuestra naturaleza, y "se nos muestra ligado a la necesidad de vivir", pero depende de ella, no es soberano.

Es decir, que para alcanzar algún dominio sobre la vida es necesario conocer, para forjar nuestras vidas y moldear el ser nuestro, para sabernos en cuanto existentes, pero el acto de conocer está ligado a la necesidad y tanto comporta el dolor como nace del dolor: "El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir, y primariamente al servicio del instinto de conservación personal. Y esta necesidad y este instinto han creado en el hombre los órganos del conocimiento, dándoles el alcance que tienen". En estas palabras está dejado de lado el saber por el saber, que si bien podría llegar a ser un acto auténtico, sería en todos casos limitado, si no estéril; sin embargo, hay un conocimiento que se aparta de lo utilitario inmediato o del instinto de conservación para ponerse al servicio de otra instancia, la del instinto de perpetuación, con el cual el hombre abarca la vida toda y el fenómeno de su vida, pero gracias al cual igualmente se engendra la tragedia interior; allí es donde entran en combate sentimiento y razón.

¿Y qué es pensar para Unamuno? "Pensar es hablar consigo mismo", diálogo en el cual se pone delante de nuestros ojos el otro que también nos hace y que llevamos dentro, los otros y el Universo entero se colocan ante nuestra mirada, aquellos entes con quienes compartimos la razón y el lenguaje.

## 8. LA INMORTALIDAD Y LOS NIVELES DEL AMOR

Pero el hombre es a la vez habitante de dos mundos, uno que le está dado como materia próxima y otro que es intuído apenas entrevisto; tanto uno como otro ponen en su ser en movimiento facultades distintas; al primero lo encuentra y al segundo lo crea por la necesidad: "Y si hay una realidad que es, en cuanto conocida, obra del instinto de conservación personal y de los sentidos al servicio de éste; ¿no habría otra realidad no menos real que aquella, obra, en cuanto conocida, del instinto de perpetuación, el de la especie y al servicio de él? El instinto de conservación, el hambre, es el fundamento del individuo humano; el instinto de perpetuación, el amor, en su forma más rudimentaria y fisiológica, es el fundamento de la sociedad humana". Instinto de conservación e instinto de perpetuación como pasos sucesivos, pues, en la ascensión del hombre.

En las palabras transcritas, Unamuno nos ha entregado diversos elementos esenciales en su sentir y en su pensar. En primer término los instintos de con-

servación y de perpetuación como categorías fijas, aclaratorias pero diferenciales, dos diversas proyecciones o dimensiones humanas que menciona aquí en su forma más rudimentaria. Ahora bien, estos instintos sucesivos conducen al amor y en el amor está el móvil hacia la trascendencia o hacia una idea trascendente. Pero la dimensión trascendente es inaprehensible con los instrumentos de la razón, y el término fundamental que se inaugura aquí es: el ideal; se trata de la necesidad efectiva y real de un mundo ideal en el cual hallaría, al menos en alguna medida, la porción más irreductible e íntima de los seres humanos. Así, de la conservación y de la procreación el hombre se lanza a la perpetuación.

Y Unamuno hace énfasis en su pensamiento original, señalando definitivamente, de manera tajante, las dos dimensiones que se ofrecen al hombre en las figuras de éste y de otro mundo, que apelan también a facultades diferentes para su conocimiento o posesión: "Hay un mundo, el mundo sensible, que es hijo del hambre, y hay otro mundo, el ideal, que es hijo del amor. Y así como hay sentidos al servicio del conocimiento del mundo sensible, los hay también, hoy en su mayor parte dormidos, porque apenas si la conciencia social alborea, al conocimiento del mundo ideal. Y, ¿por qué hemos de negar realidad objetiva a las creaciones del amor, del instinto de perpetuación, ya que se lo concedemos a las del hambre o instinto de conservación? Porque si se dice que estas otras creaciones no son más que de nuestra fantasía, sin valor objetivo, ¿no puede decirse igualmente de aquellas que no son sino creaciones de nuestros sentidos? ¿Quién dice que no haya un mundo invisible e intangible, percibido por un sentido íntimo que vive al servicio del instinto de perpetuación?" Está, en forma radical, señalada aquí la profunda capacidad creadora del amor, en cuyas obras tendríamos que poner por entero nuestra fe.

Es este un momento de gran trascendencia en la intuición y en el ideario de Unamuno, cuando se sitúa ante la presencia de lo invisible y la existencia del mundo ideal, mundo del cual en un principio no tendríamos más comprobación que nuestro anhelo o nuestro tender hacia él, pero cuya existencia está precisamente dada por la constitución de nuestro organismo espiritual. Lo vislumbramos porque el mundo que nos ofrecen los sentidos no nos es suficiente, y con ello éstos mismos así como los datos que perciben se hacen precarios o dudosos, poniendo, por este camino, entre paréntesis el valor de lo objetivo. Entonces, entran aquí en juego otras facultades cognoscitivas que serían soberanas o apuntarían a una libertad, reclamando para su objeto la misma medida de realidad y la misma verdad que su existencia. Ya, para Unamuno, los términos realidad e irrealidad son relativos; el hombre, nos dice ahora, crea el ideal y con él el ámbito de lo invisible y del más allá, porque además lo lleva en su ser, como un constitutivo orgánico, algo que está afinado en la más honda estructura de su espíritu. Propuesto así y siendo así a la vez creado e intuído. ¿y este mundo ideal, por qué no ha de existir y en efecto ser cierto? Su firme creencia queda depositada en aquello

que no se nos muestra como parte del mundo de los sentidos, lo invisible como más cierto y próximo a nosotros que lo visible, y aún diría que más destinados estamos a ese mundo que a éste, a él pertenecería más nuestra naturaleza. Se trata, pues, de un mundo ideal que ha cobrado presencia y que es una de las obras del amor, colocado como la más alta opción de nuestro ser, fuente de vida tan verdadera como la vida orgánica.

Igualmente, en el amor está fundada nuestra creencia en Dios, que es, en última instancia, necesidad de Dios y hace parte de la esfera ideal, sólo que en este paso hay una vuelta a nuestra vida dentro del mundo para dar forma a nuestros actos y dar cuerpo a una ética. Es la más inmediata relación de lo ideal con lo material, relación que comprueba su verdad; y si es nuestra vida inmediata la que recibe el efecto de nuestra necesidad de Dios, se trata entonces del camino que conduce a la bondad y a la claridad de conciencia. Pero no es propiamente un camino de regreso sino otra vez una generación: "Si se da en un hombre la fe en Dios unida a una vida de pureza y elevación moral, no es tanto que el creer en Dios lo haga bueno, cuanto que el ser bueno lo hace creer en El. La bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual". El movimiento es del hombre a Dios a través de sí mismo, creándolo al crearse o viéndolo al mirarse.

## 9. LA FILOSOFIA COMO APOYO DE LA VIDA

Al llegar a este punto declara una vez más Unamuno que su discurrir no es intelectual o racional sino más bien cordial y metafórico, afirmando que ha acudido a la fantasía para guiarse y aún sostenerse o sustentar su urgencia. No obstante, imaginar es descubrir, poner un mundo, y luego de ponernos en él situarnos fuera; fantasía e imaginación nos sitúan en el exterior nuestro y al hacerlo se constituyen en uno de los componentes de la razón, la cual no puede ser enteramente desdeñada. Ahora bien, la fantasía, siendo personalizadora, nos pone en contacto con el mundo y con los otros, por lo cual es así mismo social; esto es, que a través de la conquista de nuestra verdad, estamos en condiciones de alcanzar una verdad general: "Y hemos de ver en esa facultad íntima social, la imaginación que lo personaliza todo, la que, puesta al servicio del instinto de perpetuación, nos revela la inmortalidad del alma y a Dios". No hay, en rigor, para Unamuno diferencia entre fantasía e imaginación, y hemos de tomarlas por una sola.

Luego del instinto de perpetuación, ha hablado de la inmortalidad, del alma y de Dios, cuestiones a las cuales habrá de abocarse más adelante como las únicas y definitivas, pero aquí sobreviene de nuevo la original pregunta: ¿Cuál es el objeto más real del filosofar? Estamos en presencia y en compañía de todo, de lo visible y de lo invisible, tenemos el tiempo de nuestra vida en las manos, tenemos nuestro ser, y tras la impetrabilidad del nacimiento van formándose y creciendo en nosotros las facultades que nos permiten aproximarnos a las cosas, sin importar a qué orden pertenezcan.

Una de ellas es el pensamiento mismo; buscamos conocer porque necesitamos descubrir y luego de descubrir nos es preciso comprender para actuar, así esa actuación sea meramente interior y subjetiva. Y nos entregamos al trabajo de pensar y conocer, aún en el intento de conocer el pensamiento mismo. Se trata entonces de la finalidad como aquello que preside cualquier conocer, pues no existe acto alguno que carezca de una finalidad o de una intencionalidad. Entonces: ¿De qué nos sirve la razón que construye castillos de conceptos?

Ante esta pregunta se planta Unamuno con una exigencia radical, y habrá de dar respuestas igualmente radicales, pues el imperio de su postura pide o reclama consecuencias tangibles, que estén tan cerca de nosotros como el aire que respiramos. Su preocupación es por un para qué, y con ella entra en contacto con la tradición de la filosofía: "Y ahora bien: ¿Para qué se filosofa? Es decir, ¿para qué se investigan los primeros principios y los fines últimos de las cosas? ¿Para qué se busca la verdad desinteresada? Porque aquello de que todos los hombres tienden por naturaleza a conocer, está bien, ¿pero para qué?" La pregunta es abierta. En lo que respecta a las facultades cognoscitivas en estado de pureza, no las toca del todo o no desarrolla una idea sobre ellas y les deja su opción de gratuidad, aunque en ese caso abordándolas con un desdén profundo. Pero él, directa y vitalmente anda en busca de algo: ¿Qué influjo o gravitación tienen sobre nuestras vidas las cosas que podamos pensar, cómo la modifican, revierten realmente sobre nuestras circunstancias los sistemas que elaboramos con nuestro intelecto por aprehender el ser de las cosas? Y sobre todo, ¿si no es con nuestra sangre y nuestro aliento, con qué filosofamos?

Atrás, en los inicios de este discurrir, se había propuesto la distancia que puede llegar a darse entre el especular y el vivir, ¿de qué manera y en cuál medida puede hacerse o se hace efectiva abstracción de nuestra intimidad, de nuestra persona privada, para abordar las ideas generales o las cuestiones impersonales, ante lo cual pedía que para llegar a ser valiosa y estar en capacidad de ofrecer y entregar algo, la filosofía de alguien debería poder explicarse por su vida. La búsqueda convencional de los filósofos de profesión, señala, está fuera de ellos, no involucra su casa, careciendo de carne y de sangre, dándose en el vacío estos que Unamuno llama los primeros principios y los fines últimos. Digamos que así, un filósofo podría morir, dejar sobre la mesa su tema y que otro viniera a recogerlo para seguir, y así otro y otro más, puestos sus seres al servicio del objeto, no siendo éste el camino para él más iluminador.

Para Unamuno, aquello que en primera instancia debe importar en una filosofía es la acción misma del filósofo, su radio personal, el hecho de que si a algún pensamiento alcanza debe haber nacido de la intimidad y de lo más profundo de su ser, de su situación y de su circunstancia, estar, en fin, informado por su inmediata relación con la vida: "La filosofía es un producto

humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre". Resalta, pues, con esta intensidad, la dimensión humana del filosofar, y por ella la filosofía deviene casi en diálogo, una vía de comunicación que más que conocimiento puro es comprensión, una historia entonces no de conceptos sino de nombres y de hombres en medio de otros hombres, de cuya vigilia, afán y trascendencia se haría portador el filósofo. Con la urgencia de todo el ser, pues, se arriba a la filosofía, otorgándole el calor de lo que es compartido, y habla tanto a la voluntad como a nuestra relación afectiva con el diario vivir, en el cual se engendra el afán de trascender y de permanecer; en este instante el razonar es solamente un recurso parcial, sin el poder abarcador suficiente para hacer luz sobre el oscuro pasadizo del tiempo, de la vida y la muerte.

Y en este mismo sentido, no es justificable el saber por el saber puesto que perdería la humanidad esencial a él reclamada; ni acerca un alma a otra, ni entrega al alma en soledad la posibilidad de una visión que le permita adueñarse de su propio destino, ser soberana de él, ni le sirve de guía ni puede en última instancia ser traída a la dimensión de la práctica, en utilidad que propenda a enfrentar nuestra muerte y nuestro fin. ¿Para qué le sirve la filosofía toda a este hombre concreto que está sumergido nada más en la vida? Esta sería la pregunta original de Unamuno. No obstante, sigue el diálogo por el cual el Yo absoluto se cambia en el nosotros, en ese cada quien que al lado de otro ocupa un lugar en el mundo, un puesto en el espacio y dispone de un lapso en el curso del tiempo, que es su tiempo, el cortísimo lapso que le es entregado para encontrar alguna solución al drama de la persona, único e intransferible y no obstante común; y es que quien filosofa debe, desde sí mismo, en primer término mirar hacia los otros, sus semejantes como primer motivo, buscarse en ellos tanto como encontrarlos en sí mismo.

Una situación fundamental queda en claro para Unamuno: se hace filosofía por necesidad, por afán espiritual e interior, para satisfacer una urgencia íntima. El filosofar, para él, debe ser resueltamente interesado y apuntar a la vida, a esta vida que el filósofo como un hombre más y en comunión con todo lo humano, lleva entre las manos, por la cual debe responder y en medio de la cual debe hallar las respuestas. Además, el valor verdadero de todo pensamiento radica en que nazca luego de haber acumulado una larga o una intensa experiencia, de la cual hace parte un padecimiento original. Es entonces por este camino como el tema central de Unamuno no es ya el por qué se hace la filosofía sino el para qué se la hace, y un para qué engendrado en el dolor, la angustia y la precariedad, en el ser necesitado de los hombres en cuanto individuos. Con esto, toda filosofía debería derivar hacia una práctica y hacia una aplicación visibles, debe contribuir a la construcción de un bien y al reinado de la armonía interior, de la conciencia en los seres

humanos, a su integridad y a la acción moral, al perfeccionamiento y la elevación de la naturaleza humana y con ella la de la sociedad.

Un para qué directo y claro es aquello que necesariamente ha surgido, el cual nos remite al nacimiento de la filosofía en la historia del hombre: "En el punto de partida, en el verdadero punto de partida, el práctico, no el teórico, de toda filosofía, hay un para qué. El filósofo filosofa para algo más que para filosofar. *Primum vivere, deinde filosofare*, dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo, antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar y de hecho filosofa para vivir". Subrayemos esto de que para algo más que para filosofar se filosofa. Las dos instancias paralelas son la filosofía y la vida, el impulso hacia ella, del cual se derivan la meditación y la acción, todo dentro de un signo profundamente positivo. Y en esto estaría tanto el énfasis como el horizonte: primero se es hombre que filósofo y aquello para lo cual se filosofa es para abordar la vida, para estar en capacidad de hacerle frente no sólo a los sucesos, a los demás hombres que con nosotros hacen la sociedad y a los obstáculos que nos opone el mundo, sino para hacer frente al misterio y a la angustia, a la necesidad espiritual de plenitud, aunque también puede ser para el hombre una actividad que llene sus horas en el sólo ejercicio de sí mismo.

Y hay una opción más, que es jugar con la mente para distraer la vida, casi como un principio de salud: "Y suele filosofar, o para resignarse a la vida o para buscarle alguna finalidad, o para distraerse y olvidar penas, o por deporte y juego". Pero no es ello, porque la manera como Unamuno presenta verdaderamente al hombre es como un ser desorientado, y más que esto acuciado y falto; su condición es dolorosa y precaria, y su primer trabajo es encontrar un rumbo tanto como un sustento, debe situarse y debe aún hacerse, dar forma a su destino y un valor a su ser; incluso necesita ser confortado y consolado —acompañado—, superar su penuria y su penar. Y por esto es por lo que los hombres todos necesitan del filósofo como de aquel quien en la oscuridad del camino marcha delante portando la luz. Su idea es que quien filosofa condense o debe condensar la experiencia humana toda, los diversos estratos del interior humano, y ofrecerle una dirección y un contenido, preparar a los hombres igual que disponerlos y equipararlos; por esto, el fin de la filosofía es para Unamuno externo a sí misma, y su mirada está vuelta tanto a lo más esencial de los seres humanos como a su acontecer concreto, uno y otro cargado de dilemas. Vivir es una perpetua búsqueda, encuentro y desencuentro, hallazgo y pérdida o azar y ley a los cuales se opone el carácter, y el ser del hombre se da en la figura de la precariedad.

A la filosofía no le es dado sustraerse de la órbita en la cual más inmediatamente se desenvuelven las vidas humanas; no le es permitido, enfatiza Unamuno, apartarse del latir del corazón ni distraerse de la conciencia y de la coincidencia personales; y en esta conciencia está el suelo único en el cual

puede enraizar y crecer la planta de cualquier meditar, en ella y para ella. Conciencia es sinónimo de existencia, hace en definitiva que el mundo para alguien sea y gire, lo mismo que ese alguien le da sentido al mundo, que el Universo tenga una justificación puesto que también la conciencia es sinónimo del ser; si no está ella, es la nada lo que está, y es a la conciencia de cada individuo a donde se dirige no sólo la filosofía sino la ciencia misma: "Y si un día ha de acabarse toda conciencia personal, si un día ha de volver a la nada, es decir, a la absoluta inconciencia de que brotara el espíritu humano, y no hay espíritu que se aproveche de toda nuestra ciencia acumulada, ¿para qué?".

## 10. SE FILOSOFA PARA TODOS LOS HOMBRES Y DE CARA A LA ETERNIDAD

En las líneas anteriores ha desgranado Unamuno los términos que hacen su preocupación: conciencia, ser y espíritu, a los cuales da vueltas con diversos términos como alma y sentimiento. Ellos conforman la vida y gracias a ellos nos es dado el mundo objetivo, pero delante de ellos y en forma dramática o desgarrada se alzan la nada, la inconciencia y la incertidumbre de la inmortalidad, las formas o las figuraciones del vacío, que se halla también en el interior nuestro. Ha hablado del espíritu, y la cuestión está en que en el espíritu está el yo, nuestro yo que no puede morir, dejar de ser: el Yo con su alma.

Al arribar a este momento, el caso de un hombre sólo se convierte en el caso de los hombres todos, confiriendo contenido al concepto de humanidad, asumido en su dimensión de destino común: "Porque no se debe perder de vista que el problema de la inmortalidad personal del alma implica el porvenir de la especie humana toda". Y el tema ahora es el de la inmortalidad y el de la trascendencia; hacia estas dos instancias ha vuelto Unamuno los ojos desde un comienzo, han sido, prácticamente, el móvil de su aproximación a la filosofía, dentro del más intenso sentimiento de sí mismo. Así es, digámoslo, la manera como con mayúscula deja Unamuno sentado el centro de su afán espiritual, el por qué y el para qué va al acto del filosofar, acudiendo a su fuero en busca de los términos para aceptar y conducir su vida y con ella la vida; es así el centro de gravedad de la meditación: "la inmortalidad personal del alma", que es necesidad última y sola a la vez que gracias a ella los seres consiguen hermanarse. Porque dentro de sí padece y desespera, el hombre acude a la filosofía porque no se resigna a desaparecer o, aún más, porque ante la idea y el sentimiento de la nada o de la propia desaparición tiene que hacer de su alma algo tan intenso que no sea concebible su desaparición. De la desesperación, del sufrimiento por hallarse anclado en la materia, nace la filosofía y nace la ética, se pone en movimiento la voluntad puesto que el hombre debe ganarse su inmortalidad o hacerse digno de la trascendencia. Afirmación del propio ser, sería, y con esta afirmación su ele-

vación y perfeccionamiento, su espiritualidad y su conciencia, lo cual lo hace no ya igual sino aun superior al Universo.

Al preguntarse por las cosas que hay, por los fenómenos todos —y el primero de ellos es la vida—, por la realidad y su constitución, el hombre está preguntando por sí mismo, y al preguntarse por sí mismo lo hace por las causas, el sentido del mundo, su origen y su finalidad, su contenido y su razón, pero es una pregunta que se formula de manera profundamente ansiosa, desesperada casi: “¿De dónde vengo yo y de dónde viene el mundo en que vivo? ¿A dónde voy y a dónde va cuanto me rodea? ¿Qué significa esto?”. Ante tales preguntas se sitúa un hombre una vez que ha asumido su ser y su conciencia y se halla envuelto por el sentimiento de la vida; por una y otro acude al pensamiento, en cuya acción aquello que buscaría no sería tanto explicar como descubrir y aún crear; estar inmerso en la vida es estarlo en la incertidumbre, por la cual aún llega a ser como si el hecho de vivir fuera una injusticia, de todos modos la fuente de la desesperación, que en un comienzo es ciega y a medida que se pasa por los días va adquiriendo una forma, diversas formas y vías para plasmarse. Pero la desesperación también da una forma al alma y la conduce, la obliga a verse como trascendente, a hacerse como movimiento.

Hay un horizonte de pasión y de angustia, el estremecimiento al contacto de algo que no nos es dado penetrar y a lo cual solamente podemos oponer nuestra propia construcción. El pensamiento filosófico debe recuperar el valor de lo humano, hacerlo esencial, necesario y eterno, ofrecerle la visión de la trascendencia como su medio natural, superando los límites y la condición del solo estadio orgánico. Si no fuimos creados para una función animal, entonces, ¿para qué? Es este para qué el que debe dar figura y camino a la filosofía, en la explicación del lugar y del término de lo humano: “Y si miramos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto el deseo de conocer un por qué como el de conocer un para qué: no de la causa sino de la finalidad”. Hacia el más allá se ha tendido Unamuno y pone a su servicio la visión interior.

El por qué se cambia en para qué en el momento en que el desear se transmuta en un necesitar y en un pedir; y es así, en las vueltas de todos estos senderos, como Unamuno entra en contacto con la dimensión trascendente. Ha partido del hombre de carne y hueso y no quiere ni puede apartarse de él, sino ponerse a su servicio, y no es abstrayéndolo o apoyándose en las abstracciones como se eleva para encontrarse con esta dimensión, sino que llega a ella precisamente desde el barro mortal, en el cual nace la necesidad de la existencia de Dios. Con su necesitar, diríamos, el hombre crea a Dios. El movimiento así instaurado obedece a que el por qué tiene interés para nosotros únicamente en la medida en que obedece al para qué o por qué aparece necesariamente, cruzándose un día en nuestro camino; esto es que si en los hombres existe un interés por averiguar de dónde vienen, qué son, ese

interés tiene como motor la necesidad de saber a dónde van; y así, las preguntas esenciales no son algo que nos ataña de manera teórica o abstracta sino concreta, encarnada y situada, por lo cual reitera Unamuno con toda convicción: "Este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y supremo objeto a la vez de toda filosofía, quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos". Y por esto se piensa con todo el ser, la voluntad y el corazón, y no únicamente con el cerebro o con nuestra razón, también porque en la raíz de toda meditación están la desesperación y el anhelo de amor; no es la seguridad sino la falta lo que está en el sustento, la ausencia más que la convicción.

Pero, la cuestión radica en que los hombres finalmente se hallan no tanto de cara al mundo como a la eternidad, y sólo al vislumbrar y al hacer frente a esa instancia trascendente estarían en condiciones de asumir auténticamente el mundo, su mundo y su vida inmediatos, y dentro de esa vida no ya un concepto de la muerte sino la realidad de su personal morir, el cual no puede identificarse con la muerte como acabamiento y fin, pues a ello se niegan el espíritu todo, el alma y la conciencia. Así aparece la interrogación definitiva de Unamuno y la que podríamos llamar su actitud filosófica: "¿Por qué quiero saber de dónde vengo y a dónde voy, de dónde y a dónde va lo que me rodea y qué significa todo esto?" Y he aquí la respuesta que otorga cuerpo a su filosofía: "Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí? Y si muero, ya nada tiene sentido". En estas tres líneas finales nos señala su sendero: si morir representa la desaparición, entonces la vida carecería de sentido, y cuando decimos desaparición, lo es de nuestro yo único y de la conciencia, aunque queda en suspenso el problema de, en caso de que la desaparición no se haga efectiva, ¿qué es lo que nos espera más allá de la muerte? Un intenso amor por la vida es cuanto porta Unamuno entre sus manos, de ese equipaje va cargado en afirmación y desvelo permanentes, el amor aunado al afán de intensidad, de donde se deriva su necesidad de perpetuarse. Y una cosa es vivir y otra es conocer, pero si de conocer se trata, la función de ese conocimiento es profundizar y perfeccionar la vida, cargarla de elevación y de depuración en la órbita de lo personal.

Ahora bien, de todo esto queda que la muerte está en frente de los hombres, se alza ante su alma y su yo y les impone la explicación de su razón de ser y la de estar. La muerte, decíamos, le da en última instancia una forma a la vida (lo cual no quiere estrictamente decir que se viva para la muerte), y hace que el hombre agudice la conciencia y la percepción que tenga de sí, configura plenamente la emoción de vivir y se aplique a la comprensión de las cosas, otorgándoles al mismo tiempo una medida, ser como una balanza para pesar sus actos. Es, en últimas, un constante llamado a la vigilia y a la vigilancia, al ejercicio de la propia alma, a la búsqueda y al hallazgo de una armonía. La muerte, por el contrario, viviría en la vida y aún para la vida.

No obstante, permanece la muerte, como un futuro incierto, la cumbre eternamente cubierta por las nieblas del misterio. Hay, por lo pronto, una pregunta inesquivable: ¿Qué pasará cuando venga la muerte?: “Hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo, y entonces la desesperación irremediable, b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada y la lucha”. Ha aparecido el término lucha, con el cual todo, al cabo, revierte sobre la vida: resignación, desesperación y lucha, ¿cuál camino seguir? De todas formas, la posición por la cual se pronunciará Unamuno no ha de ser pasiva. Así, lucha al final de cuentas, pide, y lucha enmarcada en la desesperación pues la resignación al cabo se revela como un camino inmóvil. Así, como él la llama, esta resignación desesperada comporta una solución creadora. Pero la desesperación también subsiste porque el misterio es inquebrantable, es el agua que escapará siempre de las manos. ¿Y cómo comprender, de qué manera aproximarse al misterio? Por lo pronto, el único gesto que no nos está en absoluto permitido es dar la espalda, vuelta que sería acaso la solución más fácil: olvidarse y seguir, olvido éste al que vendría a optarse ante la imposibilidad de saber algo, de poder alcanzar con nuestras facultades limitadas esa zona inasible, tratándose de un olvido que en ningún caso se haría pariente de la resignación. Para Unamuno, el no ante la posibilidad del olvido se debe a que estamos impulsados por el instinto y la necesidad, esto es, que el acto de inquirir hace parte inesquivable de nuestro propio ser, saber si es que somos o no algo inmortal o una porción nada más de materia animada, si, en consecuencia, nuestra lucha interior tiene o no una justificación, un asidero o si ha de desembocar en algo, si es que da contenido a nuestra vida la urgencia por probar lo improbable. Y es por ello una lucha que se convierte en desgarramiento, en cuya ley la desesperación no puede conducir al abandono.

## 11. EL SENTIMIENTO DE SER Y LA SUPERACION DE LA RAZON

Y esta luz es bajo la cual hace Unamuno que se relacionen y se muestren como contrarias vida y razón; el instinto de perpetuación de los hombres los sitúa ante la urgencia de saber qué hay después, ese es su dilema más determinante, el cruce de los caminos que nacen dentro y los que vienen de fuera, y la razón, todo cuanto podamos acumular gracias al conocimiento racional, no da respuesta alguna. ¿Llegar a cuál certeza? A la de vivir siempre, cuyo imperio no podemos distraer: “Podemos contener ese instinto que lleva al hombre a querer conocer y sobre todo, a querer conocer aquello que a vivir, y a vivir siempre, nos conduzca?”. No lo podemos contener so pena de olvido de nuestra propia esencia. Se trata de la eternización de la vida, un instinto que fundamentalmente involucra las dimensiones de lo afectivo y de lo irracional, pues ha surgido de la oscura raíz de nuestro ser, la del deseo y la aspiración, haciendo Unamuno especial énfasis en la gravitación que sobre la conciencia y sobre la vida tiene todo cuanto no es racional:

“Porque vivir es una cosa y conocer otra, y, como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no sólo ya irracional, y todo lo racional es anti-vital”. Se trata de la vida humana como impulso y como dimensión que sobrepasa los dominios de la razón y que aún se constituye en contra de ellos, haciendo caso omiso de sus proposiciones, con la intensificación de la afirmación última, por la cual lo racional destruiría la vida o el impulso hacia ella.

Son, pues, vida y razón instancias separadas, aún a las cuales no es posible integralmente conciliar. Sin embargo, no por excluirse dejan de estar presentes, conviviendo, encontrándose, chocándose y mirándose, y aún más, nos daríamos cuenta de que en esa conciliación imposible estaría nuestra sola opción de conferirle un sentido al diario e inmediato vivir. Al no poder hacerlo, aflora la tragedia: “Y es ésta la base del sentimiento trágico de la vida”, involucradas todas las potencias afectivas. Al hombre se le ofrece su vida personal como el acontecimiento que únicamente pide o quiere ser más vida, volcado hacia el afán de eternidad tras descubrirse como un ente frágil, sabedor de su limitación en el tiempo, ante la cual se alzan en rebelión las facultades y las potencias todas de su ser, el cual persigue, por todo y ante todo, afirmarse.

Afirmación, así, antes que negación u olvido, ansia que exige más y más; en lo vital, señalado ya aquí en su condición y movimiento antirracionales y con la mirada ya también puesta en la dimensión religiosa, que así mismo es impulso ciego, hecho de amor y desnudez, de avidez y pasión, que al no ser satisfecho se vuelve contra el hombre en tormento inexpresable o incomunicable. Queda, decimos, la esfera de lo religioso como sustancia del misterio y como creación de la necesidad, que lo es de la creencia y la confianza. Hay, entonces, una entrega final en la figura de la fe, y aquí, para expresar más cabalmente su sentir, se vale Unamuno, con inmensa certeza, de las palabras de otro; se trata de la cita que hace del poema de A. Tennyson: *The ancientsage*, en el cual está plasmado el debatirse solitario del alma a la vista de las profundidades. Dice Tennyson, acogiéndose a la decantación y a la sabiduría de la vejez: “No puedes probar lo inefable, Oh hijo mío, ni puedes probar el mundo en que te mueves; no puedes probar que eres cuerpo sólo, ni puedes probar que eres sólo espíritu, ni que eres ambos en uno; no puedes probar qué eres, ni tampoco que eres mortal; sí, hijo mío, porque nada digno de probarse puede ser probado ni des-probado, por lo cual sé prudente, agárrate a la parte más soleada de la duda, y trepa a la fe allende las formas de la fe”. Y exclama Unamuno: A la fe por la duda, si otra cosa no poseemos, tema que adelante habrá de ser ampliado.

Es, pues, la aparición de la Fe, que irá cobrando más fuerza cada vez, pero anotémoslo, se trata de la que conocemos y queremos como “la fe del carbonero”. Y, además de lo anterior, querría Unamuno revelar uno de sus sentimientos más arraigados, el de una profunda e inquebrantable hermandad

entre los seres; saberse hombre no induce al aislamiento sino a la expresión y a la comunicación, y si la razón es algo que separa pues también analiza, la fe une, siendo más integral por ser cordial. Y acogerse a la fe no es aplacar el hambre del instinto o distraerlo, pues fe y lucidez no han de excluirse, rescatada esta última por la presencia constante de la angustia.

Un hombre es todos, y una prueba tan sólo, una comprobación, pediría todo hombre, algo de qué aferrarse y a lo cual entregar el destino de ese ser suyo que ama, que de hecho está constituido por el amor, siendo la esencia del amor la aspiración y la búsqueda de la trascendencia, pide una certeza con la cual pueda abrigar su alma; porque está la duda, acuciando también, siempre dispuesta a disolver, desde el fondo del sentimiento, cuanto las armas del pensamiento consigan o las vías del afecto. Y el hombre encuentra el infinito también dentro de sí, como algo que aunque no pueda explicarse, tampoco puede un día ser perdido, un día desaparecer y dar en la nada. Y este afán de infinito no conlleva una ambición o una vanidad, como el conocimiento no es el simple deseo de una posesión (ya ha descartado el saber por el saber) que incumba nada más a un individuo.

Sin embargo, para Unamuno, si algo hay que exista se da en la forma de mi ser, y si la nada existe, se da como el abismo que me espera a mí; por esto, en el tema todo de lo que pueda haber o ser, la primera de las categorías no es la vida sino mi vida, que se me ha impuesto en el marco de lo anti-racional, como algo que pertenece fundamentalmente a la zona de los afectos y se da en la órbita de mi individualidad; por ella se llega a la noción y a la emoción puras, desnudas y desinteresadas de la misma vida. Así, en la vivencia, nuestro ser todo se deshace de la razón pues la descubre pobre, limitadora y susceptible de llevar al engaño; es una ilusión más, un muelle deleznable que los hombres quisieran tomar por un puerto seguro, que nada representa cuando los ojos están puestos en la emoción, que es indecible, infame o sin habla, literalmente, pues la razón encuentra su soporte en el lenguaje, cuya órbita es también limitada, "el círculo de huierro de la palabra". No nos es dado conocer del todo, afirma una y otra vez; solamente intuimos, y lo hacemos en la desesperanza y en la solicitud, gracias a la desesperación, y aún imaginamos, fantaseamos, pero esa intuición deviene también en incommunicable e intransferible. Presenta Unamuno al hombre con las manos tendidas hacia la trascendencia, convertido al milagro de su propio ser como insustituible en la conciencia de su yo personal y único, que debe ser también indestructible.

Ser (ser y sentirme yo) es el acontecimiento, y de él se deriva todo cuanto resta, lo que Unamuno llama: "ser del soy", ese que pide constituirse en vida antes que en conocer, con la mirada puesta en los afectos y en la naturaleza. Vivir es lo primero y es la sola verdad, el cimiento de toda construcción y el punto de partida, desde cuya esfera el alma se tiende en búsqueda de lo inmortal y de cuanto le sea posible conocer; ser y pensar son una misma cosa

y se dan al unísono gracias al sentimiento: “¿La conciencia de pensar, no será ante todo conciencia de ser? ¿Será posible acaso un pensamiento puro sin conciencia de sí, sin personalidad? ¿Cabe acaso conocimiento puro sin sentimiento, sin esta especie de materialidad que el sentimiento le presta?”. Esta conciencia de sí, que funda el pensamiento, remite a la condición de la persona, el ser que actúa, sufre y solicita porque necesita. Ha unido aquí conocer y sentir o ha hecho del sentir la única vía del conocer, que no remite al logos sino al corazón; y así como en alguno de sus versos formulaba que el sentimiento piensa y que el pensamiento siente, ahora, en consecuencia, dice: “¿No se siente acaso el pensamiento y se siente uno a sí mismo a la vez que se conoce y se quiere?”.

Pero pensar, sentir y conocer están llevados de la mano del amor, y se conoce y se piensa a la vez que se quiere, gracias a ese querer, precisando que éste es un querer a sí mismo. No es que en el conocimiento entre el amor sino que está constituido en su entraña misma por el amor, por la relación que tenga el hombre consigo más que aquella que pueda tener con algo que le es exterior, pues en un conocer así encontraría cualquier posibilidad de explicación o alguna luz posible sobre el lugar, el contenido, el sentido, el presente y el futuro de su propio existir; y no habría posibilidad de conocimiento si no hay sentimiento como es una falacia el saber puro, la especulación abstracta sin cuerpo ni carne, esa materialidad que lo fija a lo vivo, y, paradójicamente, a lo espiritual.

(continúa en el próximo número)